



Fábrica en Barcelona durante la guerra ARCHIVO

Historia social

Es una lata, el trabajar

Michael Seidman
Los obreros
contra el trabajo.
Barcelona y París
bajo el Frente
Popular

PEPITAS DE CALABAZA
540 PÁGINAS
26 EUROS

JORDI AMAT

El mito pervive, latente en *Los obreros contra el trabajo* de Leo Ferré o en la elegíaca *Tierra y libertad* de Kean Loach. Noam Chomsky lleva décadas perpetuándolo. “Vi en la guerra española un portentoso ejemplo de revolución popular que llevaba a la práctica los principios de la izquierda libertaria”. Es el mito de la revolución verdadera en plena guerra: la utopía de la liberación plena del sistema capitalista en la retaguardia, simultánea al combate contra el fascismo en los frentes de batalla.

El mito tal vez siga operativo en una mirada sobre España que la quiera perpetuamente *different*, pero en la historiografía local el anar-

quismo en guerra cotiza a la baja porque, con altas excepciones, cuesta no identificarlo como agente principal de la represión salvaje que alejó de la legalidad republicana a grandes franjas de población. Más allá de dicha responsabilidad, hay otros capítulos menos traumáticos pero igual de reveladores, para diagnosticar lo exagerado de ese mito. En 1981 el historiador Michael Seidman –autor del importante *A ras de cielo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*– ya había aportado argumentos documentados para devolver la cuestión al campo de las realidades. “Me he esforzado por evitar una evaluación exclusivamente política o económica para analizar,

en cambio, las relaciones sociales en las fábricas y los talleres colectivizados”. *Los obreros contra el trabajo*, disponible en varias lenguas, por fin se ha traducido al castellano.

La perspectiva de Seidman sorprende por original. En lugar de comparar el funcionamiento de la industria barcelonesa del periodo con la del resto de España, como tenderíamos a hacer nosotros, la contrapone con la parisina durante los años del Frente Popular gobernando en uno y otro país. Y el contraste entre la competitividad de una y el atraso de la otra deviene un factor clave para comprender la distinta posición que defendieron los respectivos sindicatos

mayoritarios, la CGT allí, la CNT aquí. Porque mientras en Francia los sindicatos obreros habían renunciado al objetivo de hacerse con los medios de producción, ese discurso revolucionario sí seguía formando parte de las tesis del sindicalismo español. La guerra, con el abandono del control de sus fábricas por parte de una burguesía asediada y sin apoyo social, fue la circunstancia que posibilitó llevar a la práctica las tesis autogestionarias y tratar de racionalizar unas formas de trabajo anquilosadas. Pero la paradoja que descubre el libro es que la sustitución de la dirección empresarial por consejos de fábrica, a pesar de reducir desigualdades salariales, no alteró la relación del obrero y su trabajo. “Los militantes de la CNT y la UGT que dirigían las colectividades se opusieron a muchos deseos obreros que antes habían defendido”. Por ello la resistencia al trabajo permaneció. El cambio, en la fábrica, no fue tan profundo. Tal vez el mito nunca fue tal. |